



¿Cómo

sostener la paternidad y la docencia
en el siglo XXI?

Silvia Gladys Oballe

¿Cómo sostener la paternidad y la docencia en el siglo XXI?

Silvia Gladys Oballe, ESSARP | silviagladysoballe@gmail.com

Palabras clave:
autoridad, diálogo,
testimonio

Resumen

El presente artículo propone un recorrido por situaciones que atraviesan los adultos en sus roles, como padres o como docentes, frente a niños y adolescentes representantes de una cultura muy diferente a la propia. Análisis y reflexión sobre los cambios propios de la época. Transformación dentro de las instituciones familia y escuela, y sus consecuencias. Avance de la economía de mercado; penetración de los medios masivos de comunicación. La autoridad de los adultos, compleja existencia de una ambigua relación asimétrica. Sugerencias para atravesar la generalidad de situaciones, de modo saludable, generando posibilidades de diálogo entre adultos y niños o jóvenes. Importancia de considerar el testimonio como herramienta eficaz.

Keywords:

authority, dialogue,
testimony

How to support fatherhood and teaching in the 21st century?**Abstract**

This article proposes a journey through situations that adults go through in their roles, as parents or as teachers, in front of children and adolescents representing a culture very different from their own. Analysis and reflection on the changes of the time. Transformation within the family and school institutions, and their consequences. Advancement of the market economy; penetration of the mass media. The authority of adults, complex existence of an ambiguous asymmetric relationship. Suggestions to cross the generality of situations, in a healthy way, generating possibilities of dialogue between adults and children or young people. Importance of considering testimony as an effective tool.

Concepto de autoridad en la era posmoderna

Sabemos que la infancia es una época de incertidumbre y que necesita del soporte del Otro. Esto, a pesar de las variaciones que pudiera marcar la época, sigue siendo así; lo complejo es que ese Otro, el adulto de hoy, en muchos casos, pareciera no estar muy dispuesto a ser ese soporte, a ser ese sostén. Advertimos, entonces, que los niños y jóvenes podrían estar siendo forzados a manejarse en su vida diaria sin un marco de referencia confiable, sin un sostén; se ve a muchos niños y adolescentes manejándose como pseudoadultos. El hijo o el alumno de hoy, es ese niño o ese adolescente, que transita una época en la que sus adultos de referencia no estarían constituyendo un ambiente confiable para la construcción de su subjetividad, para lograr un desarrollo saludable.

Esos adultos son sus padres y sus docentes; en ambos casos los cambios relacionados con las características de la época, generaron variaciones, pero que especialmente dejaron sin soporte a lo conocido, a las certezas, a los saberes; por lo cual lo que predomina es un hálito de inseguridad, de temor, de incertidumbre. Lo que ha habido es una especie de devaluación de la autoridad. La pregunta sería ¿qué es hoy la autoridad? En este artículo, trataremos de ir armando recorridos para poder reflexionar sobre el tema.

Un primer aspecto que podría considerarse en este camino, dentro de los cambios epocales donde, como se dijo, habría un predominio de la incertidumbre por sobre la certeza, podría ser: para los adultos de hoy ¿cuál es el valor de la palabra? Pensando en décadas muy anteriores, la palabra tenía entidad, encerraba el valor del compromiso. En ocasiones, se cerraban acuerdos sólo con la palabra. En los tiempos posmodernos, pareciera que no tiene el valor de la certeza, de la constancia, de la seguridad, sino que la palabra, podrían ser las palabras, que varían según la necesidad, acordes a la demanda, a la ocasión. En algún aspecto, esto podría tener una lectura positiva, valorable, ya que imprimiría un dinamismo, una elasticidad a las relaciones, más saludable que en otras épocas. Pero lo delicado es, justamente, que lo que se ha diluido es la validez, la seguridad de lo que se dice. Y ésta sería una de las explicaciones para interpretar las dificultades con la autoridad; tomemos una muy atinada pregunta que hace Luciano Lutereau (2014: 58) «(...) ¿quién podría tener autoridad si primero renunció a tener palabra?»

Variabilidad de las instituciones

La familia ha variado, desde lo que concierne a su constitución, y a los lazos que forja; predomina una fluidez en los vínculos que requiere una permanente

reconfiguración; la relación entre los miembros del grupo familiar, puede ser más íntima o más distante, hay lazos sanguíneos y otros de no consanguinidad. En general no es la familia patriarcal de otra época, y tampoco la que hace una transmisión generacional conservadora de su cultura, porque muchos de los saberes, resultan insuficientes o inaplicables. La presentación en sociedad del hijo o de la hija, la hacían los padres; en la actualidad esto tiene más que ver con el manejo que hacen los medios masivos de comunicación. El intercambio entre generaciones se ha debilitado; pareciera que son muy diferentes los intereses, los objetivos, el lenguaje. Desde los padres habría una transmisión a los hijos de la inseguridad de un futuro desconocido, sin márgenes certeros, y una estimulación a que hagan sus propios descubrimientos, que rescaten el propio individualismo en un logro de metas particulares, a como dé lugar. Esta actitud de los adultos, tiene un dejo de abandono, porque en muchos casos pareciera que los padres, o los mayores sintiesen que no tienen herramientas para acompañar a los hijos, y optan por dejarlos librados a sus propios medios. Y esto tiene consecuencias diversas. El entramado de las subjetividades en formación, resulta de cierta precariedad. La autoridad que tenía el padre perdió validez; la madre ha tomado un nuevo lugar de prevalencia. Retomando

consideraciones anteriores, podríamos pensar que la parentalidad perdió autoridad porque, por diversos factores, padres y madres no están convencidos de lo que dicen, temen las consecuencias de sus expresiones, pareciera que siempre debieran estar dando explicaciones a los hijos, y tienen dificultades para establecer límites eficaces.

La escuela también ha cambiado. Como institución, se originó después de la revolución industrial y en el caso especial de Latinoamérica tenía como objetivo constituir a los futuros ciudadanos de las Repúblicas en formación. El rol docente también fue variando. Desde los inicios de la institución escuela, su actividad tenía que ver con la transmisión de la información a los alumnos; era entonces una figura importante, respetada por los niños y jóvenes y también por sus familias. Se lo consideraba el dueño del saber, el que tenía guardados todos los conocimientos y determinaba cómo y cuándo transmitirlos. El aula era su imperio, todo lo que allí sucedía, en general, tenía que ver con sus decisiones, con sus procedimientos. Los alumnos tenían un alto nivel de dependencia dado que estaban atraídos por el misterio de sus dominios, y porque se reconocían inexpertos, incompletos.

¿Qué ocurre hoy con la figura del docente? Pareciera que no es el que guarda todos los saberes, sino quien maneja un idioma, en muchos casos lejano al de



la realidad. Desconoce o tiene un manejo lável de los elementos que la tecnología ofrece, muchas veces no decide lo que ocurrirá en su aula, preso de la imprevisibilidad, y su función concreta, en ocasiones no resulta fácil de dilucidar. Hoy el docente en líneas generales pareciera sentirse interpelado por situaciones propias de su actividad y por otras que escapan a su dominio, a su saber, a sus posibilidades de resolución. La autoridad que representaba, se ha desdibujado. Tal como se dijera que les ocurre a muchos padres, significativa cantidad de docentes parecieran inseguros de su palabra, y en muchas ocasiones se los observa intentando dar explicaciones, justificando sus decires. Ocurre en casi todos los ámbitos escolares, que la solicitud de licencias por temas de salud, exceden lo usual; también ocurre que el clima dentro de la escuela, en muchos casos, no resulta sereno, ni acogedor; la relación con las familias de los alumnos suele ser dificultosa; hay una persistencia del individualismo por sobre el trabajo en común. Los comentarios que nos hacen a los profesionales, suelen tener que ver con temores, angustia, desorientación, pedidos de ayuda; del mismo modo que ocurre con los padres de los niños y de los adolescentes.

¿Qué pueden hacer los adultos? ¿Cómo orientarse?

Dice el psicoanalista e investigador Massimo Recalcati (2013) que el problema no es restaurar la figura

antigua del padre, sino interrogar qué queda de él en la época de su disolución. Este autor nos ayuda a pensar las situaciones, utilizando algunos mitos. En el caso de Edipo, la figura del padre fue vivida como un rival, un obstáculo en el camino, que había que eliminar. En tanto que Telémaco demuestra la imposibilidad de separar el movimiento de heredar, del reconocimiento de la propia condición de hijo; busca al padre como esperanza. Edipo representaría la trasgresión de la Ley, Telémaco su invocación. Quedarse en un recuerdo nostálgico por el «padre héroe», o por la «institución educativa ejemplar» no sería algo saludable. Lo más sano tendría que ver con los testimonios; tanto padres como docentes son buscados, no para que demuestren acciones dogmáticas, disciplinadoras, sino para que ofrezcan sus testimonios de actos, decisiones, pasiones; la manera de estar en este mundo con deseo y con responsabilidad.

Tanto en la escuela como en las familias pareciera no haber un canal muy fluido de comunicación entre las generaciones. Pero en la institución escolar, lo que se observa es un mecanismo más resistencial, una menor apertura a los cambios epocales. En muchas escuelas hay intentos de acercamiento respecto de los nuevos instrumentos tecnológicos, sin embargo, en numerosas instituciones también

persiste un predominio del marco positivista, con lo cual dicha incorporación tiene más el tinte de cumplir con una formalidad, o con los designios del mercado, que con la apertura a un nuevo tipo de pensamiento.

Tanto la escuela como la familia podrían apelar a encontrar diferentes modos de relacionarse con los alumnos y con los hijos, en un ambiente en el que los medios de comunicación tienen una penetración cada vez más intrusiva dentro de la cultura. Una manera podría tener que ver con la recuperación de las propias convicciones, de las propias posiciones como adultos cuidadores de una niñez muchas veces desamparada.

Los adultos necesitan encontrar otras maneras de acercarse a los niños y adolescentes al descubrimiento y análisis de su realidad cotidiana. La penetración de la economía de mercado, requiere un público de consumidores pasivos, sin poder de reflexión. Esto puede modificarse, tanto dentro de una institución como de la otra, utilizando elementos de la vida diaria, y especialmente revisando junto con los niños y adolescentes cada producto que se les ofrece; utilizar los medios como herramienta, acompañarlos cuando ven televisión, poder hablar con ellos respecto del uso de la telefonía celular, y de otros medios, acercándoles algún cuestionamiento, favoreciendo

la posibilidad de que no acepten pasivamente, sino que cuestionen. Construir un marco en el que ellos puedan descubrir reglas básicas de comportamientos sociales, para poder obrar por sí mismos con una creciente autonomía.

Intervenciones en la escuela

Tomemos el caso específico de la escuela y del docente. En este marco de cambios vertiginosos, pareciera necesario poder ponerse a reflexionar sobre las situaciones del día a día, y especialmente acerca del proyecto que orienta el camino. Los planteos de docentes y directivos son diversos, pero en general marcan un desconcierto respecto de cómo manejarse con este alumno que les resulta un extranjero cuyo idioma desconocen. Aparecen problemas respecto de cómo abordar las dificultades de aprendizaje, cómo trabajar los inconvenientes vinculares y un rasgo, a veces difuso y otras más explícito de cómo resolver las situaciones cotidianas de violencia.

Comencemos por el principio, la relación docente-alumno no debiera tener características posesivas, ni rígidas. Sí, es necesario que exista una asimetría, en la que quede bien diferenciado el rol de cada uno y la función del docente que, como adulto, tiene que resguardar, acompañar, sostener al alumno.

Aparece como resabio de la escuela tradicional, el

concepto de que el docente transmite el conocimiento y el alumno debe aprender. En esa concepción, un primer aspecto a considerar es que con el avance tecnológico y las características de los medios de comunicación, el alumno tiene muy facilitado el acceso a la información; entonces la función primordial del docente ya no es la transmisión del conocimiento, pero sí su tarea tendrá que ver con asistir al alumno para que pueda hacer un mejor uso de los medios, acercar estrategias para ir instalando un espíritu de crítica en el alumno, y un buen criterio de selección de material, en función del objetivo a lograr; asistirlo para que pueda salir del lugar del receptor pasivo en el que lo ubican muchos medios, y en el que cómodamente suele quedarse. Esto suena interesante, pero muchas veces queda en palabras perdidas. ¿Por qué? Porque el docente necesita, en primer término, perder el miedo a la tecnología, y no sentir que ésta ocupa su lugar. Su función es mucho más amplia que lo que puede ofrecer una computadora, un iPhone, y tantos otros instrumentos. El docente es quien

asiste a su alumno para reconstruir el conocimiento, juntos lo co-construyen. Pero si la sensación es la de estar, como se dijera, ante un extranjero que maneja otro idioma, el punto será si el docente quiere comunicarse con ese extraño. Esto es básico, porque en ese caso lo que se intentará es comenzar a escucharlo para probar comprender, buscar algún elemento que permita ir conociendo algunos términos de ese idioma, de modo tal que ese alumno también reconozca que su docente tiene la intención de comunicarse con él. Desde luego, todo vínculo tiene dos partes; será necesario asimismo que esta pretensión de comunicación, también esté en el alumno. Pero como mencionase Meiriéu (1998: 73) lo «normal» en educación, es que la cosa “no funcione”. Porque hasta es saludable que el alumno se resista. El aprendizaje engloba muchos aspectos individuales, y del ambiente; lo que se va a aprender tendrá que insertarse en algún aspecto del proyecto personal de ese individuo, porque de no ser así, será algo que no se aprenderá. La transmisión de saberes no es algo

mecánico, ni algo que se logre sólo por imitación. El alumno tendrá que tomar la decisión de adquirir un saber, que es una determinación individual, pero que se toma dentro de un marco que involucra a otros sujetos, a un ambiente, a ciertos medios.

En esta época, se advierten variedad de situaciones, en las que los docentes dicen que sus alumnos no aprenden, que no les interesa aprender. En ese caso se estaría tomando sólo un lado de la cuerda, sólo una parte de la historia en la que está puesto en juego el vínculo del docente con su alumno. Analizándolo desde esa perspectiva, tendríamos entonces un aspecto que podría ser esta rebeldía ante lo establecido, lo que el otro quiere de algún modo imponer. Y también puede estar sucediendo que en eso que hay que aprender, este alumno en particular no encuentre ningún modo de asociarlo a su proyecto personal, porque quizás ni sepa cuál es ese proyecto. Pues entonces está abierta la tarea del docente. Primero sentir deseo de abrir diálogo con este alumno; el diálogo no sólo se refiere a la palabra hablada, sino al gesto, a las sensaciones; demostrarle esta necesidad para que él pueda sentirse cobijado, acompañado, al menos escuchado. Tratar de generar actividades que vayan llevando a conectarse con los saberes, cada vez con mayor autonomía; ayudarlo a gestionar sus propios aprendizajes.

Considerar cuáles son los medios por los que accede a la información, y ayudarlo a adquirir cierta metodología que incluirá leer, releer, relacionar con otros saberes y, especialmente, hacerse alguna pregunta; esto es una técnica difícil de adquirir, para lo cual es importante que esté el docente acompañando, recordando el orden de los pasos a seguir, y sugiriendo preguntas, dudas, sin esperar respuestas, simplemente con la intención de que el alumno se acostumbre a preguntarle al texto, a preguntarle a otro, a preguntarse. Todo esto permitirá que el niño o el adolescente pueda ir organizándose, reacomodando sus caóticos pensamientos, de una manera más ordenada, más armoniosa.

Otro aspecto que el docente podría considerar es que la actividad a encarar tenga un objetivo claro, y que el alumno sepa cuál es la finalidad de lo que está haciendo. Y, si fuera posible, relacionar las actividades con la vida diaria. Muchos docentes se sorprenden por el entusiasmo que ponen los alumnos haciendo alguna investigación relacionada, por ejemplo, con lo ambiental del barrio en el que viven, o con situaciones relacionadas con problemas sociales de su grupo de pertenencia. En esas actividades el docente estaría integrando los conceptos teóricos que quiere abordar, pero el hecho de observarlos en la práctica, hace que adquieran sentido. En esto influye también una

característica de la época, las personas de las nuevas generaciones tienen un pensamiento más práctico, fáctico, en tanto que los representantes de las anteriores tenían un predominio de lo teórico. En general las personas hoy buscan algo concreto, resultados, un «para qué»; la escuela no escapa a esto tampoco, es habitual que los alumnos pregunten para qué hay que estudiar tal o cual cosa, para qué sirve; por tanto, lo más saludable en lugar de ignorar esta característica epocal, sería más productivo poder considerarla, incluirla y disfrutar su aprovechamiento. Es necesario que el docente aliente la creatividad, esta época en la que se habla de la inclusión, se está hablando de las diferencias, de lo diferente de cada uno, pero muchas veces se advierte que estas son expresiones de deseo, políticamente correctas, pero que no existen como una realidad en la institución escuela. En muchos casos, ésta sigue siendo la de la matriz única y homogeneizadora de sus comienzos. El alumno creativo muchas veces molesta, perturba, saca de foco, entonces se opta por buscar modos de excluirlo, de liberarse del

malestar que genera; la exclusión no sólo significa que no esté en la escuela sino, en muchos casos, que siga estando, pero en una situación de enfrentamiento o de desconocimiento de su accionar.

El docente, como adulto, tendrá el gesto de reconocimiento del deseo de aprender del alumno. Es cierto que en muchos casos este deseo no existe o está muy escondido; pues el trabajo entonces consistirá en encontrar el modo de dirigirse a ese estudiante; un gesto diferente en el trato con ese niño o ese adolescente generará respuestas diferentes. La escuela es el primer ambiente social al que el niño accede después de su familia; el docente, entonces, cumple la función de embajador de ese otro país que lo recibe, y esto es muy importante, porque el niño se lanzará a parecerse, de algún modo, a ese representante del mundo adulto (De Lajonquiére, 2011). Esto no es algo que se pierda con la edad, ni con las épocas, sino que va variando, se va transformando, pero sí es cierto que la figura del docente marca, deja huella.

Para seguir pensando

En esta vorágine en la que transcurren los acontecimientos cotidianos, hay un elemento central a considerar: cuál es la función de los adultos. En primer lugar, será necesario que se reconozcan como falibles, incompletos. Pero a la vez será necesario que reorganicen su posición frente al hijo, o al alumno. La función es la de cuidado, protección, ser acompañantes del camino. Recobrar la seguridad en la propia palabra, que debiera tener que ver con las propias convicciones; la certeza de que, aún falibles, son los que deben sostener las riendas.

En párrafos anteriores se mencionó la palabra violencia, una característica cada vez más presente en la sociedad y que merecería un tratamiento mucho más profundo, en otro escrito. Padres y maestros podrían relacionarse con los niños y adolescentes, transmitiendo confianza, seguridad, y en especial sosteniendo, dialogando y escuchando; colaborando para que aprendan a diferenciar situaciones entre otras de lo público o lo privado, de la competencia o de la coo-

peración, y tantas más. Esto permitiría ir resolviendo contextos violentos, pero muy especialmente instituiría una acción preventiva para evitar su aparición.

Seguramente la mejora de la función de adultos no resultará fácil, pero lo que hará falta es una buena cuota de creatividad, porque el de los padres y el de los docentes de hoy, en general no es un camino que tenga una trayectoria ya vivida, ya conocida, transmitida por los antepasados. Es un camino nuevo, diferente al propio, sorprendente y variable a cada paso. Suenan las palabras de Machado: «Caminate no hay camino, se hace camino al andar». Es por eso que la guía debiera ser la propia convicción, y cierta flexibilidad para reconocer el nuevo paso, quizás diferente al anterior, asistiendo a los hijos o alumnos a reconstruir su propio caos, avanzando en el logro de su autonomía.

Bibliografía

- DE LAJONQUIÉRE, Leandro (2011). *Figuras de lo infantil*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LUTEREAU, Luciano (2014). *El idioma de los niños*. Lo infantil en nuestra época. Buenos Aires: Letra Viva.
- MEIRIEU, Philippe (1998). *Frankenstein Educador*. Traducción de Emili Olcina Barcelona: LAERTES educación.
- MINNICELLI, Mercedes (2013). *Ceremonias mínimas*. Una apuesta a la educación en la era del consumo. Rosario. Santa Fe: Homo Sapiens.
- NARODOWSKI, Mariano (2016). *Un mundo sin adultos*. Buenos Aires: DEBATE.
- OBALLE, Silvia y Graciela Zunino (2014). *Alumnos, hoy*. Desafíos e intervenciones. Buenos Aires: Entreideas.
- RECALCATI, Massimo (2013). *Il complesso di Telemaco*. Milán. Giangiacomo Feltrinelli Editore. Traductor Carlos Gumpert. *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso el progenitor*. Barcelona: Anagrama (2014).
- VASEN, Juan (2008). *Las certezas perdidas*. Padres y maestros ante los desafíos del presente. Buenos Aires: Paidós.
- WINNICOTT, Donald (1965). *The maturational processes and the facilitating environment*. Londres Karnac Books. Traducción de Jorge Piatigorsky. *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós (2009).

Datos de autora

Silvia Gladys Oballe Argentina

Profesora de enseñanza primaria. Licenciada en psicopedagogía desarrolla actividades en OSTEE. Trabaja con niños, jóvenes y adultos, con problemas de aprendizaje y discapacidad. Capacitadora de ESSARP. Coautora del libro «Alumnos. Desafíos e intervenciones», publicado por la editorial Entreideas en 2014.

Acerca del artículo

Este artículo se da a partir de una pregunta acerca de cómo pueden manejarse los adultos en el presente siglo, hace una caracterización de situaciones que viven los padres y los docentes, en una época en la que los cambios son vertiginosos, en comparación con el desempeño de los roles en tiempos anteriores; y especialmente con la intención de dar orientaciones acerca de cuáles podrían ser manejos de resolución más saludables.